

EL HURACAN.

FRAGMENTO DE UN VIAJE AL MAR DEL SUR.

Enmudece de pronto la brisa y con ella tambien el mar, cual si la mano del Eterno gravitara sobre las aguas. Hasta el barómetro cesa de regir: ¿Qué sucede, pues, á nuestro alrededor? El brillante azul de cielo permanece sin mancha, las sombras siempre agradables en su risueño misterio.

Mas he allí de improviso que de la costa se alzan ardientes ráfagas de humo agitadas por una fuerza invisible: inmensas agrupaciones de nubes se mecen sobre las elevadas cumbres, se desgarran en las asperezas de las rocas

graníticas, retroceden dispersas, dóciles al impulso que reciben, y huyen algunos momentos despues perdiéndose en el horizonte al cual circundan con sus vapores tenebrosos. No de otra suerte la innumerable caballería de Murad-Bey se arrojaba en las Pirámides contra los cuadros de la infanteria francesa, recorriendo deshecha la longitud de las filas para desaparecer despues en los confines del Alto Egipto.

Ocultase la tierra; el mar en vez de agitarse se hincha con majestad, amenaza, elévase cual una montaña levantando en su cima á la corbeta, déjala caer con todo su peso y tuécese el áncora en el fondo de las aguas. Aterrador y solemne fué este primer amago de la naturaleza: terrible cuanto pasó ante nosotros: suspendiéronse los preparativos para fondear; todos nos hallábamnos en el puente mirando con ánsia la tierra, que desapareció á poco tomando



Huracan en el cabo de Hornos.

un tinte cobrizo, sin que nada nos indicase aun que iba el huracan á desencadenarse.

—¡El buque perece!... ¡Estamos sobre un fondo de rocas! grita la voz del maestre con la vista fija en el plomo de la sonda que acaba de arrojar.—Cortar el cable.—Así se hizo y dió principio la confusion, el caos. Un minuto, un solo instante de incertidumbre hubiera causado nuestra ruina; un momento de retardo y hubiéramos caído estrellados y hechos trizas contra los terribles peñascos que nos cercaban.

A favor de una maniobra hábil y por una dicha inaudita, logramos, sin embargo, salir del escollo titulado del *Buen-Suceso*, que poco faltó le tuviese tan malo para nosotros.

Entonces el huracan se desató con furia principiando su obra destructora: allí dió comienzo la mas empeñada lucha que jamás haya tenido que sostener buque alguno. Acabá-

bamos de perder el ancla sin esperanza de recobrarla, de manera que solo nos quedó el recurso de huir á merced de la ráfaga embravecida.

Agitábase el mar segun los caprichos del viento, el cual en un segundo soplabá en todas direcciones: veíanse olas cual espamosas montañas, rápidas y saltadoras como aludes, anchas y profundas á semejanza de inmensos valles, ó un golfo aparte en medio de tantos mares recorridos que estrechando nuestros costados nos arrojaba contra la cima de una oleada lejana, que volvía á recogerlos cubriéndonos de uno á otro extremo para abrumarnos con su peso.

Y en medio de todos aquellos embates y torrentes encontrados rechinaba la corbeta amenazando abrirse; silbaban las cuerdas y rugía el trueno en el espacio. Mas no provenía solo del mugido de las olas, de los estallidos de la tempestad y del ruido de las maniobras que ahogaban la

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 23

voz, lo espantoso de aquella escena. ¿Qué hacer cuando los hombres se hallan mas á menudo bajo el agua que sobre ella? ¿A quién obedecer cuando el mando es inútil? Ya no era el Océano, unas veces sombrío como el caos y brillante otras como un incendio, un enemigo contra el que fuera posible resistir; era mas bien un tirano despótico ante el cual no habia mas recurso que someterse. En cada sacudida de su cólera creíamos escuchar el último grito de su amenaza, y cuando despues de habernos visto lanzados en el abismo nos encontrábamos aun en pie, no tardábamos en ver que avanzaba una nueva ola que nos arrebatara cual ligera espuma para lanzarnos contra una oleada opuesta.

Carecíamos de poder y de voluntad, esperando que una postrer sacudida, terminara nuestras angustias ó que las ondas nos sumergieran á su paso. Un marinero fué el único de la tripulación que se atrevió á encaramarse á las gaviotas é interrogar el horizonte.....—La tierra está cerca de nosotros, exclamó, la veo, y vamos á estrellarnos en ella.

Este anuncio acabó de sobrecogernos.

Cada cual procura examinar á la luz de los relámpagos, si está allí la costa que juzgábamos lejana, para recibir nuestros cadáveres, y con efecto se nos figuró distinguirla al brillo de un rayo. No hay que dudar, la muerte nos hiere en medio del huracán. Se intenta acudir á la maniobra y desplegar alguna vela, pero cae esta pesada como el plomo... Despidámonos pues de la vida que se aleja, porque ved una línea blanca ante nosotros, hácia la cual corremos sin poder evitarlo.

Una inmensa oleada nos coge por la quilla y nos hace atravesar el obstáculo sin tocarle.... ¿A qué se debe este feliz acontecimiento?

Sin embargo, en nada cedia la cólera del viento, si bien el buque triunfante de tan horribles conmociones parecia dispuesto á sostener la lucha con toda la energía de un aguerrido atleta, y de cuando en cuando levantaba erguida su orgullosa cabeza.

Segun nuestro cálculo debíamos haber pasado el estrecho de Lemaire, y supuesto que nada teníamos que temer de la proximidad de la tierra, el peligro disminuía considerablemente. También el cielo parecia ceder algun tanto de su furor, puesto que las nubes ya no giraban en torbellino agitadas por los opuestos vendavales.

Los nubarrones, pasando por nuestro cenit rápidos como el rayo en direccion al horizonte, se abrian alguna vez dejando descubrir un tinte azul, agradable como una sonrisa, pues manifestaba que la furia de la naturaleza estaba en el orden de los sucesos, de los cuales puede triunfar el valor ayudado de la perseverancia.

Largo tiempo duró la conmocion en los aires y en el mar, pero al fin los últimos suspiros del temporal nos dejaron tomar respiro y pudimos entregar las velas al viento. Cuanto mas grande habia sido el peligro tanto mayor fué nuestra confianza, pues de allí adelante solo tendríamos que luchar contra los embates del huracán, sin que la tierra lejana pudiera prestarle ayuda en su obra destructora.

Ansiosos de un poco de reposo dirigimos nuestro rumbo á la Patagonia, deseando hacer escala en aquella costa, que segun todas las probabilidades, habia de ofrecernos tranquilidad y algunos episodios interesantes.

CH.

LA JUSTICIA PRIVADA.

I.

Corria la primera mitad del siglo XII, cuando atravesaba un caballero armado de punta en blanco uno de los páramos mas escuetos y solitarios de Castilla, entre los rios Arlanzon y Pisuegra. Era lo mas fuerte de la cánicula y el sol en la mitad de su curso lanzaba sus rayos sobre aquellos arenales, agostando las muestras de vegetacion que por acaso dejaron los ferrados cascos de la caballería de uno y otro bando, para quienes aquel terreno fué lindero y teatro de acometidas é incesante pelear hasta dejarle árido y destemplado.

A pesar del calor escesivo llevaba el infanzon yelmo entero, loriga de planchuelas de acero y guarnecido el caballo con bardas de hierro, cual si estuviese á punto de sostener batalla ó hacer muestra de completo armamento: sin mas que descolgar el escudo que pendiente traia del arzon trasero y calarse la visera, aparejado se hallára á romper lanzas en una justa mas bien que adezado para camino en tal estacion y tan pacífico lugar. Y ya que del escudo hemos hablado, no pasaremos adelante sin escribir algunas palabras de una prenda que por si sola bastaba en ocasiones á calificar el estado, situacion y pensamiento de su dueño.

El de que vamos tratando llevaba el suyo sin otra divisa que una S enlazada en un clavo con esta leyenda alrededor:

Esclavo soy de un empeño,
Que no podré redimir
Hasta vencer ó morir.

Emblema lleno de misterio que indicaba alguna empresa de importancia y lo resuelto del comprometido en ella á darla cima, aun á costa de su vida.

A poco rato de andar entró el aventurero en sitio mas agradable por lo trillado y frondoso, halagueño y fresco á beneficio de los copudos árboles que le daban sombra protectora, amenidad al suelo y á los ojos alegría con el verde follaje de sus abundantes ramas, así lo encantador de parleras avecillas, que llenando el aire con sus no ensayados gorjeos, cantaban su felicidad dando al caminante sencilla bienvenida, escitándole á gozar los únicos bienes exentos de todo mal con que la pródiga naturaleza parece ha formado empeño en disimular que la tierra es patrimonio, en gran parte, de la perversa y altiva raza de Cain.

Sin los graves cuidados que distraian el ánimo del caballero hubiera parado mientes en lo ameno del vergel, que no era por cierto insensible á los atractivos que ofrecia; mas á no dudar su impaciencia dominó á cualquier otro sentimiento, pues en vez de solazarse pié á tierra hasta pasadas las horas del calor, detúvose un rato á examinar con la vista el terreno que pudo descubrir, y columbrando á lo lejos una empinada y maciza fortaleza, á ella volvió á enderezar su marcha sin detenerse á mas ni cuidarse de otra cosa.

Trazas llevaba de no tomar respiro hasta llegar á sus puertas, cuando de cierta enramada salióle al encuen-

tro un desenvuelto pajeillo, con el que tuvo el diálogo que dió motivo al romance siguiente:

—¿A dónde bueno camina
Cabalgando el alazán,
Puesta en la cuja la lanza
Con mesurado compás?
¿Acaso los sarracenos
Quieren la frontera entrar,
O como buen caballero
Buscando aventuras vá?
¿Sabe que se halla en las tierras
Del poderoso Beltran,
Señor de cuarenta pueblos
Y siete villas á mas,
Que ha jurado dar la muerte
Al que se atreva á dudar
Que no hay blason cual el suyo
En toda la cristiandad?—
Así atajó su camino
Cierta donoso rapáz
A don Pedro de Rivera
Muy cerca del Manzanal.
Detuvo un poco la rienda
Y cuando acabó de hablar
El aturdido muchacho,
Le dijo mohíno asáz:
—Si en vez de un mancebo imberbe
Encontrara en tu lugar
Corredor ó ballestero
Con quien poder platicar,
Yo le dijera gustoso
La causa de penetrar
En las tierras de tu dueño
A guisa de pelear.
Pero es asunto muy grave
Que no habré de encomendar
Sino á digno mandadero
Segun cumple á mi solar.
Con esto vuelve al castillo
Y anuncia que va detrás
Un hidalgo castellano
Pidiendo hospitalidad.—
Calló el mozo, y de carrera
Avisó la novedad,
Para que todo se hiciese
Segun el ceremonial.

II.

Cuando llegó don Pedro á la inmediación de Rocallana, que así se llamaba la fortaleza, estaba echado el rastrillo, levantado el puente de la honda cava y entre las almenas asomado un enano que hizo señal con la bocina apenas se puso el caballero al alcance de la voz.

—¡Ah del campo! gritó el alcaide, que habia salido á la barbacana escoltado de buen golpe de sacteros, hable por su vida el encubierto, y diga quien es y lo que desea.

—Decid á vuestro señor, contestó don Pedro con la visera calada, que un hidalgo de paraje solicita departir con él por breve rato, acerca de cierto asunto de honra; para lo cual con arreglo á la ley de caballería que ambos profesamos, le demando hospitalidad hasta mañana á la hora del alba.

Quedó todo en silencio terminadas estas razones é inmóvil cada cual en su lugar respectivo hasta la vuelta del alcaide, que fué á llevar á su dueño razon de lo acontecido y volvió al punto mandando soltasen las cadenas del puente y levantáran el rastrillo para dar entrada al hués-

ped aventurero, que penetró con aire arrogante hasta el patio principal, donde los escuderos de don Beltran le ayudaron á descabalar, haciéndose unos cargo del recado de su corcel en tanto que otros acompañaban al caballero hasta el pié de la escalera, donde el noble castellano le dió el abrazo de bienvenida, llevándole á su diestra mano al salon de honor en medio de los principales deudos y familiares de su casa. Allí sentados únicamente don Beltran y su huésped, tomó la palabra aquel en los términos siguientes:

—Si la obligación de ser quien soy no pusiera trabas á mi curiosidad, os suplicara desde luego, antes de pasar adelante, fuérais servido de anunciar la demanda ó cuita que á vuestra merced obliga á solicitar mi persona; mas como la cortesía puede tanto en quien nació de noble sangre, no permitiré lo hagais sin haber tomado reposo y acompañádome á la mesa; despues de lo cual podremos con todo sosiego departir acerca de vuestro negocio, que importante debe ser cuando sugeto de tan esclarecidas prendas, como demostrais ser á primera vista, no puede darle término sin valerse de ayuda estraña; pero á buen punto habeis llegado, pues os juro por vida mia, que cualquiera que sea el empeño en que os halleis comprometido, he de sacaros á salvo, á pesar de cuantos traten de impedirlo; siempre que no redunde en perjuicio de mi fé, de mi rey ó de mi patria, y no estrañeis omita el nombre de mi dama, pues nunca la conocí ni tuve lugar ni deseo de sujetarme á los caprichos de una beldad.

—Por cierto, ilustre señor, que juzgo andais desacordado en esto de no rendir párias á los encantos de la hermosura, pues siempre tuve para mí como primavera sin flores, juventud sin alegría y congoja sin esperanza, caballero falto de honesta pasión que dando fuerza á su brazo le anime en las ocasiones, consuele sus contratiempos é infunda en su pecho clemencia para con los vencidos despues de la victoria. Pero dejando aparte cuestiones que pueden causar enojo, paso á daros gracias por la benevolencia que os debo otorgando treguas á mi cansancio, para corresponder á lo que nacisteis obligado, pudiendo estar seguro agradeceré tanta cortesía abreviando lo posible el término de vuestra incertidumbre.

Acabadas estas razones, á una seña de don Beltran llenaron el aire los acordes de varios instrumentos tañidos por suficiente número de ministriles que aparejados estaban, los cuales precediendo á los escuderos y pajes, que cercaron á don Pedro en demostración de respeto, fueron acompañándole hasta la pieza del baño, donde unas esclavas agarenas se dispusieron á desarmar al recién llegado y vestarle una rozagante ropa, despues de haber refrescado sus miembros y frotádole con esencias olorosas traídas de Córdoba para semejantes ocasiones. No permitió su decoro al honrado caballero admitir un obsequio mas propio de paganos que de soldados de la cruz, aunque la costumbre autorizaba para ello, antes bien despidiendo á la compañía, el mismo se sirvió, y á vuelta de poco rato se incorporó á la servidumbre en la pieza inmediata para trasladarse á una espaciosa galeria donde le aguardaba sentado á la mesa el castellano de la fortaleza.

Siguió la música á la entrada de cada nuevo manjar que se presentaba antecedido por bailarines y juglares, luciendo su habilidad alrededor de las tablas antes de colocarlo en ellas para ser examinado por cierto grave personaje que hacia la salva, pasándolo en seguida al frente de don Beltran ú ordenando fuese retirado como

nocivo y perjudicial. En esto corrieron muy bien dos horas, en las cuales se atendió mas á satisfacer el apetito, sin faltar á las prácticas observadas en los castillos de gente principal, que á sostener la conversacion, ocupados como se hallaban entrambos comensales el uno con su propio pensamiento, el otro con las varias ideas que suscitaba en su mente la venida de aquel desconocido batallador á tratar con él algun asunto de consecuencia. Pero al fin situacion tan embarazosa dió remate en la forma que se dirá en el cuadro siguiente:

III.

Terminada la comida,

En la mesa colocaron
Cerca de un jarron de cobre
Dos cubiletes de estaño.

Para el señor era el uno,
Otro para el convidado,
Y el hidromiel del jarron
Para refresco de entrambos.

Apenas quedaron solos
Sirvió por su propia mano
A su huésped don Beltran,
Diciéndole mesurado:

—Hablad al fin, caballero,
Pues ¡voto al señor Santiago!
Que vuestra mucha reserva
Me va poniendo en cuidado.

Si la enemiga fortuna
Con vos dura se ha mostrado
Callad, que saber no quiero
Escaseces de un hidalgo.

Pediré al señor abad
Del monasterio cercano
Un trozo de pergamino
Y almagre bien colorado,

Para señalar con ello
Una cruz y cuatro rasgos
Que indiquen á todo el mundo
Que allí puse yo la mano.

Con lo cual mi almojarife,
Aunque judío tacaño,
Os dará sendos escudos
Y quedareis remediado.

Pero ¡reis, caballero?
Sin duda discurro en vano
Y solicitais mas bien
El apoyo de mi brazo.

Pues tampoco habrá cuestion
Ni el mas pequeño retardo
Para lucir el acero
En campo libre ó cerrado.

De mis bienes y mi espada
Es dueño el que aposentado
Conmigo parte la sal
Bajo el mismo sotechado.

Soy potente á par del rey
Y á numerosos vasallos
Doy yantar en mi caldera
Bajo mi pendon morado.

Ea, sus, hablad, amigo,
Mucho puedo, mucho alcanzo,
Mi valor pregona el moro,
Mi riqueza el desdichado.—

Aquí paró don Beltran,
Llenó de nuevo su vaso,
Bebió un sorbo y aguardó
En su silla recostado.

Entonces el caballero,

Con gentil desembarazo
Haciendo una reverencia,
Siguió el coloquio entablado.

—Mi nombre es Pedro Rivera; soy natural de una pequeña poblacion situada á la otra parte de los montes Carpetanos sobre siete colinas como la famosa Roma; diéronla nombre los árabes ó alteraron el antiguo de Mantua llamándola Magerit, del que vino á formarse el de Madrid con que se la conoce despues de conquistada por Alfonso VI de gloriosa memoria. Siguiendo el pendon de la villa acompañé á nuestro monarca en la entrada que hizo en el reino de Murcia, donde sin duda por mis pecados quedé cautivo, á pesar de lo pródigo que fui de sangre y vida. El amo que me deparó la suerte era un respetable musulman largo en edad y escaso en la ventura, según lo melancólico y abatido que siempre se mostraba, apartando sin tocar los manjares cuando se los ponian delante y huyendo el trato de los muchos amigos que procuraban mitigar su pena. Mas esto no agriaba su carácter contra los infelices cristianos sujetos á su dominio, antes bien nunca se vió infiel que mejor se portase, ni servidumbre tan llevadera como á la que nos hallábamos sometidos en casa de Muley-el-Fehri.

Una tarde que yo trabajaba en sus jardines habia quedado abismado en el recuerdo de mi patria; recorria con la imaginacion los sitios queridos donde se deslizó mi niñez en plácido abandono: el Manzanares con su abundante soto, la vega dilatada estendiéndose al pié de su enriscada cuesta en cuya cumbre la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Almudín se alza como protectora de su reducido pueblo, y á la otra parte las fragosidades de Matalobos, Prado y Atochar con su ermita inmortalizada por el milagro de Gracian Ramirez. Con este pensamiento abandoné la tarea sin darme cuenta de lo que hacia, distraido de tal manera que llegó Muley á ponerse frente de mi, antes de que pudiese apercibirme de ello. Quise reparar lo que suponía falta grave y emprendí el trabajo con nuevo aliento, pero él deteniendo mi brazo me dirigió la palabra con voz tan dulce y melancólica cual jamás habia escuchado:

—Espera un poco, nazareno; soy práctico en la desdicha y comprendo que te agobia en este momento. Pero recobra la tranquilidad; habla, que un amigo escucha tus pesares y ha de remediarlos si es posible.

—Soy esclavo, le contesté, una madre llora mi pérdida sin poder remediarla y pienso en ella y en el hogar abandonado; no me preguntes mas.

—¿Es cierto lo que dices? repuso el árabe; júralo por tu Dios y eres libre como el aire.

—Nunca mentí, sarraceno; el juramento no añade fuerza á las palabras de un caballero cristiano.

—El hombre usa de la falsia en todas condiciones, y por mi mala estrella he conocido alguno de los tuyos que blasonando de noble, practica las malas artes de un malvado.

—Seria un malsin, digno de que se le azote con las riendas de su caballo despues de rotas sus espuelas por mano del verdugo sobre un estercolero.

—La noble cólera que te agita prueba lo recto de tu pensamiento. Vuelve al lado de tu madre, disfrutad entrambos la ventura que hace tiempo me fué robada, y cuando pasados los primeros trasportes del corazon tengais espacio para recordar á este afligido viejo, dila que por consideracion á su pena te dió la libertad un amo que se hallaba en el mismo desamparo que la atormentaba.

Admirado de lo que oía no pude menos de esclamar:

—El Dios de la verdad ilumine vuestro espíritu para conocerle y darle gracias por las sentimientos piadosos de que le sois deudor.

—Tus compañeros, contestó el viejo, robaron á mi corazón la esperanza que le animaba; sentí rugir la tempestad dentro del alma amenazando el huracán de la venganza sofocar todo impulso benéfico: entonces el Señor te condujo á mi lado y quiso probar la fé de su siervo. En el silencio de la noche, escuché á manera de un soplo misterioso, susurrar cerca del oído: No deseches la ocasión de corresponder á un agravio con un acto de caridad; tienes una hija convertida en ludibrio de los cristianos, he ahí que yo te entrego el primogénito de una viuda de tus enemigos.—Sea bien venido á mis umbrales, respondi; grandes son vuestros juicios, Señor; ante ellos toda la sabiduría del hombre es necedad y orgullo: ese jóven tornará en breve sin rescate á la casa de sus padres y al saberlo dirán los incircuncisos: no hay otro Dios que el Dios de Mahomet. Aprendamos con esto á reverenciar al único Autor de lo creado dejando lo demás entre sus manos.

—Pero habeis dicho que una hija vuestra ha sido mancillada por los de mi bando, y si es cierto, estoy obligado á castigar semejante baldon.

—Escucha y juzgarás. Poco antes de penetrar Alfonso en el reino de Murcia lo hicieron algunos adelantados de la frontera cuando menos podíamos esperarlos: entre los mas determinados se hallaba un poderoso castellano que llegó propagando la desolacion hasta una de mis posesiones. Este fué el que se apoderó de mi desventurada hija dando muerte á los esclavos que la guardaban. Apenas supe la desgracia propuse al rapáz caballero un cuantioso rescate por la libertad de Zoraida, que tal es el nombre de la perdida joya que lloraré para siempre: el cielo la dotó de singular hermosura y esta fué la causa de su infortunio. Su dueño se negó á todo convenio; hasta me ofreci á entregarle mi persona y bienes en cambio de su cautiva, con la que hoy huelga ocioso en tierra de Castilla, convertida en manceba suya la en otro tiempo recatada doncella que yo guardaba al par que las niñas de mis ojos.

—Por la Santa Virgen del Atochar, interrumpi al llegar aquí santiguán lome á toda prisa, os suplico, venerable anciano, que me digais quien es ese malandrín concubinario, afrenta de nuestra ley; que por el nombre que tengo ofrezco hacerle confesar sus torpes hechos y arrancar de sus brazos la experimentada dueña á quien robó el candor de la inocencia.

—¡Vanos deseos! es poderoso y se burlará de tu pretension.

—Hablas lo que no es cierto, musulmán. Has de saber que allá en Castilla, solo el rey puede librarse de acudir al emplazamiento, por causa justa, hecho con arreglo á lo prescrito en la orden de caballería, y si hubiese alguno que tal hiciera, no habria infanzon que contra él no se volviese ni pechero que le pagase feudo, ni vasallo que le prestase obediencia.

—¿Y si triunfas, volveré á disfrutar el consuelo de recordar á Zoraida?

—A tu lado vendrá dentro de poco, si salgo de la lid con vida.

—Allah bendiga tus armas, campeón de la justicia.

—Hago voto solemne de no darme por suelto de la servidumbre hasta cumplir lo prometido.

El moro desapareció con esto y yo al dia siguiente em-

prendi el camino de Madrid, donde preparé lo necesario para desempeñar el solemne prometimiento hecho á mi bienhechor.

Este es el caso, don Beltrán, añadió Rivera poniéndose en pié frente á frente de su huésped, vos sois el caballero fementido, hartó lo sabeis, y por en le vengo de lueñes tierras á provocaros á singular batalla hasta rendir uno la vida, cuando los dos no quedemos en el campo. Haced ahora lo que sabeis os cumple, puesto que yo respondo como debo á lo hidalgo de mi sangre.

Concluidas estas razones, volvió don Pedro á sentarse con la mayor calma mientras su contrario daba rienda suelta á su cólera, reprimida largo rato por la prudencia y solemne de las circunstancias.

—¡Hola, gente de mi castillo, de cualquier clase y condicion que sea! gritaba don Beltrán con voz ahogada por el enojo, venid, pues, á ver como recibo al retador que se me ha entrado por las puertas. Aprontadle luego las mejores armas de mi arnés, si por acaso las necesita, que yo con la jacerina y cota, espada y lanza de dos hierros, sobrado tengo para castigar su audacia. Aderécese para el combate la plaza de armas de la fortaleza, donde mañana á las primeras horas he de manifestar la pujanza de mi brazo. Quiero tambien que se cite como testigos á los infanzones de la comarca, así como á los monjes del vecino monasterio para que vengan á prestar su ayuda al ánima que ha de comparecer á dar cuenta de sus hechos y rezar despues el oficio en descargo del difunto por quien se han de celebrar funerales en la capilla del panteon. ¿Oís? ¡vive Dios! ¿Qué haceis parados habiendo escuchado mi voluntad? Ea, pronto, cada cual á desempeñar su cargo, porque de no empezará la fiesta con algunos ahorcados en las almenas para ejemplo de sándios holgazanes.

Aun sin esta recomendacion se hubiera cumplido la voluntad del colérico señor, que segúro del celo de sus encargados volvió á quedar tranquilo hasta el punto de proponer á su adversario una partida de tablas, en cuyo entretenimiento oyeron la hora de la queda, que les hizo retirarse á sus respectivos dormitorios.

IV.

Bien de mañana estaba preparado el campo; los jueces en sus puestos, los atabaleros y añaliles esperando la orden de hacer señal para comenzar la lid, y las ventanas y gradas construidas durante la noche, cuajadas de inmensa concurrencia ansiosa de presenciar el espectáculo que se anunció con la celeridad del viento por todas las inmediaciones. El primero que entró en el palenque fué don Pedro, honra que le pertenecía como mantenedor, acompañado de dos padrinos y los jueces del reto, precedidos de un heraldo que llegado al centro hizo tres emplazamientos á don Beltrán anunciando la causa del duelo y las condiciones del combate. Ya podemos suponer cuales fuesen. La vida del vencido quedaria á merced del vencedor, y la esclava Zoraida en poder de Rivera, caso de salir con bien en su empeño.

Abrióse al punto la barrera opuesta y salió por ella el señor del castillo asistido igualmente de sus padrinos, y rebotando de orgullo fué á golpear con el cabo de su lanza el escudo del retador colgado en un pilar, en prueba de aceptar el duelo, yendo despues de haber dado vuelta al circo á pararse frente á su contrario.

Viendo los jueces á los caballeros puestos en faz y es-

perando la señal de acometer, mandaron tocar los clarines, y entrambos lidiadores arremetieron uno contra otro á todo correr de sus caballos, encontrándose en medio del campo con tal furia y braveza, que parecia imposible quedasen hábiles para nuevos choques; mas ninguno perdió la silla, si bien cada cual hizo conocer á su enemigo lo crítico de la ocasion en que se hallaba. El escudo de don Beltran fué roto por la lanza de Rivera, tocando el hierro en la fina cota y rompiendo parte de ella hasta parar en la jacerina sin causarle otro mal, y don Beltran pasó el broquel de su contrario hasta llegar la punta á la fuerte loriga, que á no serlo tanto quedara mal herido el vengador de Zoraida. Desembarazadas sus armas comenzaron los caballeros á escaramuzar con gran destreza rodeándose el uno al otro y procurando herirse sin poder conseguirlo, aunque llevando trazas de alcanzar ventaja don Beltran á causa de la mayor ligereza de su caballo, lo que visto por su adversario, se alzó sobre los estribos y con fortaleza nunca vista terció la lanza y la despidió con tal fuerza y maña, que apenas tuvo espacio el castellano de revolver la rienda y hurtar el cuerpo para evitar el golpe, pero no lo hizo tan á salvo que pudiera impedir quedase clavado el hierro en el ijar de su corcel y este se alborotase dando vueltas y corcobos impidiendo al jinete pensar en otra cosa que prevenir una caída de fatales consecuencias. Saltó en tierra para evitarla y alta la espada, embrazado el escudo, dijo ardiendo en ira:

—Ruín justador, menguado campeon, has procedido como desleal malhiriendo á mi caballo; mas ahora llevarás el pago de tu superchería.

Y fuese á don Pedro para desjarretar el suyo cuando ya Rivera le aguardaba pié á tierra apercibido á la defensa.

Cerca uno de otro los adversarios se daban tan recios y desaforados golpes que no bastaba el buen temple de las armaduras para evitar se abollasen y rompiesen, dejando espacio por donde los aceros llegasen á derramar abundante sangre, insuficiente á mitigar la saña en aquellos animosos corazones.

Una hora habia pasado cuando determinó don Beltran aventurar á un solo golpe el éxito de la batalla, y arrojando el destrozado broquel asió la espada con las dos manos, asegurando á su enemigo tan terrible cuchillada que partiéndole el escudo bajó á romper la celada hiriendo á Rivera en la cabeza, y haciéndole perder el sentido; pero recorbrándole antes de lo que pudiera imaginarse y avergonzado de su mal suceso, dirigió al castellano, que se preparaba de nuevo á segundar el golpe, una estocada con tal acierto que ni cota ni jacerina pudieron resistir la violencia de la espada, que penetró hasta las entrañas de don Beltran, cuyos brazos cayeron inertes soltando el acero antes de dar en tierra su desfallecido cuerpo.

Volvieron á sonar las trompetas dando por terminado el duelo, y los jueces del campo bajaron al palenque á reconocer las heridas del vencido y declarar el triunfo de su adversario, protegiéndole á despecho de todo el mundo, segun era su deber y costumbre en aquellos casos. Pero ninguna necesidad hubo de interponer su autoridad porque respetando fielmente las leyes del juicio, nadie pensó atentar contra del mantenedor, inmóvil al lado de su víctima.

En esto se hallaban cuando se oyeron á deshora penetrantes acentos femeniles y se vió atravesar por las barreras una jóven en traje morisco, descubierta la cabeza y enloquecida por el sentimiento, á quien no pudieron, ó mas bien no se atrevieron á detener los guardas del campo, que llegando hasta el cadáver del castellano, rompió en

sollozos y amargas quejas en medio del silencio y la turbacion de los concurrentes, sobrecogidos por tan inesperado caso. Ella encarándose á lo primero con don Pedro le dirigió estas razones conservadas por la tradicion.

¡Quién te dió facultad, mal caballero,
Para cortar la flor del amor mio?
Sin duda alguna te abortó el infierno
Envidioso del bien de mi albedrío.
La cadena feliz que me oprimia
Era mi orgullo, mi pasion, mi hechizo,
Fué un tesoro de ricas ilusiones
Robado por un torpe advenedizo.

En duelo eterno y sin tener consuelo
Lloraré mi perdida servidumbre,
Maldiciendo la mano fementida
Causa de tan funesta pesadumbre.
Lloraré las caricias de mi dueño
Y su desden para mí mal perdido,
Que á un verdadero amor altera en poco
El ceño adusto de su bien querido.

Si teneis corazon y noble pecho
El cadáver dejad en mi presencia,
Dejad que muera en amoroso lazo
Unida al que me daba la existencia.

Estampe yo mi labio enardecido
En la boca que suya me llamaba,
Junte mi corazon con el que un día
Con sus mismos latidos palpitaba.

Y compañeros en el sueño eterno
Burlando los rigores de la suerte,
Envidia causará nuestra ventura
Hasta en el mismo reino de la muerte.

Al llegar aquí la enamorada Zoraida embargó su voz un paraisimo que la hizo caer desvanecida: se acercaron los mas próximos á socorrerla y á costa de poco esfuerzo consiguieron tornara en su acuerdo, mas no apartarla de su perdido amante, de quien entre ahogados suspiros juraba no separarse. Quisieron arrancarla de aquel lugar, pero cuando menos podian esperarlo rápida como el pensamiento arrebató un agudo puñal del cinto de don Beltran y se le sepultó en el corazon sin muestras de sufrimiento y con la feroz tranquilidad propia de las desenfrenadas pasiones hijas de la incontinencia, estimulada por la religion sensual en cuya enseñanza educaron á la desgraciada jóven.

Cayó para no levantarse y don Pedro reclamó su cadáver para llevarlo embalsamado á su padre Muley-el-Fehri, en prueba de haber cumplido su empeño.

El viejo murió á los pocos dias de haber dado sepultura á su hija, mientras Rivera era recibido en su patria con grandes muestras de satisfaccion por el honor que la resultaba de contar entre sus naturales campeon tan esforzado y pundonoroso á la usanza de entonces. Nadie se admire de semejante modo de pensar: á tales tiempos tales costumbres; juzgar los hechos de hace setecientos años segun nuestro modo de ser actual indica falta de criterio, pues hubo cosas necesarias entonces que ahora serian una monstruosidad horrible.

Refiere por último el cronicon de donde tomamos esta leyenda, que una dama principal envidiosa de la hermosura de Zoraida, por quien don Beltran abandonó los proyectos de matrimonio que con ella tenia concertados, fué quien la dió aviso de la catástrofe de su amante, y ocasion por tanto de lo sucedido. El castigo no se hizo esperar. Agitada por crueles remordimientos pasaba los dias sin descanso

y las noches en desvelo perenne; se hizo pública su mala intencion y todos huían de ella cual de un contagiado de lepra, en términos que murió loca.

Lo dicho es suficiente para dar una ligera idea del espíritu caballeresco de aquel siglo: la rudeza que al lector le parezca advertir en algunos hechos pertenece á la época el desaliño del estilo es propiedad del autor.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA CONCIENCIA.

I.

No vamos en esta ligera narracion á discutir un punto histórico, sino á poner en claro la verdad incuestionable de que, aun en los corazones peores ejerce la conciencia provechosos bienes.

Veámoslo. Habiendo muerto en Castilla Alfonso XI, debía empuñar el cetro, para el gobierno de ella, su hijo don Pedro, á quien ya con el dictado de *Cruel*, ya con el nombre *Justiciero*, le conocen las crónicas, y queriendo como sus antecesores pagar tributo á añejas costumbres, convocó córtés para Valladolid; ¡estraña veneracion á los fueros de sus vasallos, á traves de su despótico y horrible mando!... Moviése de Sevilla, á principios de 1351, y pasando por alto la muerte dada en Talavera á doña Leonor de Guzman, combleza del rey don Alfonso, por secreto emisario de la ultrajada reina doña Maria, lleguemos á hechos que han de llamar mas la atencion de nuestros lectores. Diez y siete años contaba don Pedro, cuando autorizó el asesinato de doña Leonor, y si niño aun la sangre de las víctimas no le horripila, hombre ya le deleita. La muerte de la Guzman, habia de producir necesariamente grandes disturbios, atendida la profunda discordia que en el reino existia. Dirigióse el monarca á Burgos para de alli pasar á Valladolid, cuando nueva sangre vino á señalar y dejar rastro de su paso. Burgos despues de la muerte de doña Leonor, se agitaba en profundo desconcierto, inevitable preludio de mayores alborotos. Tenian al frente los descontentos, á Garcilaso de la Vega, el cual salió al encuentro de don Pedro en dos distintas ocasiones para disuadirle de su entrada en la ciudad: no lo consiguió ganándose en cambio el terrible encono del monarca. Entró éste en Burgos, y preparáronse grandes fiestas para su recibimiento. Demasiado crédulo Garcilaso se atrevió á presentarse en la real cámara, y por mas que la reina doña Maria trató de salvarle, don Pedro no accedió y le hizo prender, y no atreviéndose los ballesteros á cumplir las órdenes secretas que habian recibido, se presentó un tal Oña preguntando que mandaba respecto al prisionero, y el rey en voz alta y serena contestó: *Mandovos que lo maledes*, y arrojaron su cadáver en la plaza donde habian de correrse los toros para que fuese pisoteado. Es de notar que el monarca sigue los consejos de su madre, cuando son sanguinarios como con doña Leonor, y los rehúsa cuando son benignos como con Garcilaso. Así concluyó la revuelta de Burgos, no sin morir tambien Pedro Fernandez de Medina, Alfonso Fernandez Escribano, y Alfonso Garcia de Camargo.

II.

Tiempo es ya de que entremos, por decirlo así, en materia; pero eran necesarios todos esos antecedentes para el perfecto conocimiento de nuestro relato. El mismo día de la muerte de Garcilaso encaminóse don Pedro, seguido de su fiel paje Mendo, á recorrer las cercanías de la ciudad. Como ningun objeto fijo le guiaba dejó marchar libremente á su corcel, alejándose mas de lo que pensaba, y como la noche se venia encima, resolvió acojerse á la hospitalidad de un pequeño pueblo que cercano tenian. Penetraron en él cuando sus habitantes se habian entregado al reposo. No obstante, en una casa de pobre aspecto brillaba una luz y á ella se encaminaron señor y escudero. No bien llamaron cuando una blanca cabeza asoma por la venta diciendo ¿quién va?

—Abrid, anciano, respondió el rey; soy un caballero de la corte, que no conociendo estos sitios se ha perdido y os demanda albergue por esta noche.

—Pase vuesa merced, exclamó la misma voz al poco rato abriendo el postigo.

Penetraron en la casa los viajeros y quedaron mudos de asombro al encontrarse en una sala de pobre apariencia pero en extremo limpia y ver de pié y apoyada en un sitial una hermosísima jóven de diez y ocho años, de agraciado rostro, rasgados ojos, blanca mano, hermosa boca y espresion angelical.

—Vive Dios, querido patron, que teneis bellos adornos en vuestra casa.

—Señor, mi hija Estrella no es hermosa, es simplemente buena, me consuela en mi vejez y me alivia en mis dolores. ¿Qué seria de Nuño sin este apoyo?

—Con tal Estrella, Nuño amigo, no dudo llegareis á seguro puerto, que si Estrella es su nombre, luceros son sus ojos capaces de disputar su brillo á los del cielo.

Viendo Nuño la insistencia del galan en prodigar requiebros á su hija le interrumpió diciendo:

—Permitid, señor, que os pregunte vuestro nombre para agradecer vuestras mercedes.

—Me llamo Pedro Lopez de Vivar.

—Y bien, don Pedro, hacednos la merced de aceptar una frugal cena que os ofrecemos de buena voluntad.

—¡Qué me place! dijo el rey.

—Ve, hija mia, y prepara lo necesario, añadió el anciano.

Salió Estrella del aposento y don Pedro la siguió con la vista hasta que hubo desaparecido.

Centaron efectivamente y se entregaron al reposo, pero don Pedro no pudo dormir pensando en la hermosa hija del prudente Nuño. Arrebatado y ciego de amor, discurrió llevársela á la corte, para conseguir mas fácilmente sus deseos. Tampoco Estrella pudo dormir; dos afectos distintos agitaban su candoroso corazon. uno de repugnancia instintiva hacia don Pedro, otro de amoroso recuerdo hacia el paje Mendo; y ya que la ocasion llega, bueno será hagamos presente á los lectores, que el doncel por su gallardía y gentil presencia, merecia desde luego que se fijaran en él los ojos de la bella. Levantóse don Pedro temprano y encontrando despierta á Estrella la requirió de amores sin conseguir mas que desdenes y desaires. Agotó cuantos recursos su enamorado corazon le sujeria, y viendo no adelantaba un punto en su empresa, montó en cólera y enfurecido cogió violentamente á la jóven y haciéndola caer de rodillas, exclamó:

—Sabed, Estrella, que quien os ofrece su amor y os promete su proteccion, es el rey don Pedro de Castilla.

—Poco se conoce en vuestras maneras que seais, no ya rey, sino noble siquiera.

Caro hubiera pagado la jóven tal atrevimiento, pues ya el monarca llevaba su mano á la daga, si al mismo tiempo no hubieran entrado en la estancia Nuño y Mendo. Contúvose el rey al verlos y volviéndose á Nuño:

—Seguidme, tengo que hablaros, dijo, y pasaron á otra habitacion.

Quedaron solos Estrella y Mendo, el cual tambien sentia amorosa atraccion hácia la bella. Refirióle ésta lo ocurrido, manifestáronse su mútuo amor; pero como nada completo hay en el mundo, al lado de su naciente cariño veian levantarse el airado poder de don Pedro. Este habló largo rato con Nuño, le hizo ver quien era y le prometió riquezas y honores.

Demasiado conocia Nuño el carácter del rey, así es que se manifestó sumiso y obediente en toda la conferencia. El monarca partió solo para Burgos dejando á Mendo el especial cuidado de acompañar por la tarde al padre y á la hija á la ciudad, y conducirlos á determinado aposento de la real morada. A la puerta encontró á Estrella y encarándose la dijo con tono acre:

—No tardarás mucho en conocer lo que puede don Pedro de Castilla.

III.

Partió el rey, y no bien se hubo alejado, rompieron en prolongados sollozos los tres personajes que quedaban en la estancia.

—¡Riquezas y honores! exclamaba Nuño, ¡pobre hija! ¡desdichadas canas!!

—Primero la muerte que la corte, padre, decia la jóven; mientras que Mendo se mesaba los cabellos ante la idea de perder á Estrella.

Pasados los primeros momentos de angustia reflexionaron, y con los pocos recursos que Mendo conservaba en la bolsa, resolvieron huir y ver si podian ganar las fronteras de Portugal antes que don Pedro pudiera alcanzarlos, y hacer caer sobre ellos su venganza. Así lo hicieron, y en el acto se pusieron en camino, temerosos siempre y comprendiendo á cada paso el peligro que corrian.

Inútilmente esperó don Pedro la llegada de Mendo y los huéspedes. Pasó intranquilo y de pie toda la noche; al romper el alba montó á caballo; llegó á casa de Nuño y la encontró desierta; preguntó y solo pudieron decirle que el día anterior muy de mañana habian salido del pueblo Nuño, su hija y un desconocido, sin volverse á saber de ellos. Comprendió entonces el engaño y sobre la cruz de su espada juró tomar cruel venganza. Volvió á palacio y despachó mensajeros en busca de los fugitivos.

A los doce días trajo un correo la buena nueva de que Nuño y su hija habian sido presos y que le seguian de cerca.

—¿Y Mendo? preguntó el monarca.

—Tambien fué preso; pero ha logrado burlar nuestra vigilancia y ha huido.

—Si viene Estrella poco importa lo demás.

Mandó conducir á Nuño á una prision; y á un aposento apartado, situado en el piso bajo, á la jóven, con centinelas de vista; así se ejecutó y al poco rato don Pedro pene-

tró en la estancia donde se hallaba la desgraciada jóven llorando su infortunio.

Mandó retirar los soldados y dijo:

—Ya veis, Estrella, lo que puedo; ya veis que es inútil trateis de resistiros; corresponded á mi amor y sereis dichosa, tendreis lo que querais, pero oidlo bien, si os oponéis á mis deseos, os haré comprender de lo que soy capaz; amadme, puesto que yo os amo; queredme, puesto que yo os quiero.

—Señor, antes de prenderme os aborrecia, hoy os odio y os maldigo. Habeis turbado nuestro bienestar, nuestra dicha; si quereis ser generoso, olvidaos de mí y volvedme esa felicidad perdida.

—Nunca, pues quieras ó nó, serás mía.

—Eso jamás, exclamó la jóven; y sacando un agudo puñal de entre la ropa, lo clavó en don Pedro, que cayó al suelo. Al ver su obra, saltó Estrella por la ventana que daba al campo y huyó.

El rey, que habia caído mas bien por la sorpresa del ataque que por la gravedad de la herida, se levantó con presteza, salió seguido de varias gentes de armas á reconocer los alrededores de palacio; pero por ninguna parte encontró el objeto de sus pesquisas. Volvió á su estancia y exclamó:

—Estrella, has derramado la sangre de tu rey, pues bien, tu rey gozará viendo correr la tuya.

IV.

Un mes habrá pasado de los acontecimientos que venimos narrando. Nuño gime en oscura prision. Nada se sabe de Estrella y Mendo. El rey continúa en sus proyectos de venganza sin conseguirla. Nuevos disturbios vienen á conmover la paz de Castilla y el monarca en persona tiene que dejar la tranquila ciudad por la agitada vida de campaña. Llegó en esto un balletero á participarle que Estrella habia sido presa en el mismo Burgos, y que cumpliendo sus órdenes la traian al campamento donde llegaría á los dos días. Gozoso se manifestó el soberano con tal noticia y decidió, dando las órdenes oportunas, que estuviera todo preparado para que despues de una conferencia que tendria con Estrella, esta fuera descuartizada viva, por haber osado poner la mano en la persona del rey.

Horrorosa impresion causó en el campamento tan cruel orden, pero nadie se atrevió á contradecir á el monarca. Al siguiente día, vispera de la llegada de Estrella, don Pedro descansaba en su tienda cuando vinieron á anunciarle que un caballero extranjero queria tener con él secreta conferencia. Admitió el rey y penetró en la estancia un gallardo mancebo recatado el rostro. Así que se encontraron solos se descubrió y ¡cuál sería el asombro del monarca al encontrarse frente á frente de su antiguo paje Mendo! Largo tiempo permanecieron callados hasta que don Pedro exclamó:

—Jamás creí que hubiera en el mundo personas tan viles como tú, é hizo ademán de dirigirse al paje.

—Vuestra Alteza me insulta sin razon, dijo Mendo. Amo á Estrella y por eso os he faltado: por eso esponiéndome á vuestras iras vengo á pedirlos su perdon. Su falta consiste en ser honrada. ¿Merece esto el castigo de un gran rey como Vuestra Alteza?

—ientes, villano, su falta consiste en haber herido á su señor, su delito esta en despreciarme, y puesto que la amas,